# Engañosa Desconfianza

Jorge Marchant Lazcano siempre sorprende. Cada una de sus novelas muestra los mundos en que se ha sumergido para, desde el fondo de las anécdotas, sacar a la luz procesos profundos, relacionados directamente con el modo de convivir, chileno en la mayoría de los casos.

Sus historias pueden tener o no de telón de fondo acontecimientos históricos reconocibles o solo un sutil contexto social; pero siempre es Chile el que está detrás de sus historias. Incluso cuando éstas pasan en Nueva York, como en el caso de *Cuartos Oscuros*, antecesora de la obra que reseñamos.

El caso de *Desconfianza*, décima novela de su impecable trayectoria, es de aquellas donde el país se reconoce en cada vuelta del relato de sus patéticas protagonistas. Irónico y afilado, y por momentos de una ternura que viste de comprensión el relato, su lenguaje va recorriendo las historias de estos personajes cuyas vidas han estado entrelazadas por la profesión y por un destino que las abandona, cual cetáceos moribundos, en la última playa: una casa de reposo instalada e instaurada por el sindicato que las reúne: el del actores y actrices.

Quienes estén familiarizados con el mundillo del teatro, aquí o en la Quebrada del Ají, reconocerán los giros del ego, las martingalas de un oficio que expone a quienes lo escogen a vivir un poco de cara a los demás, como si jamás se pudieran bajar del escenario. Quienes, además, estén familiarizados con el teatro chileno (que Marchant conoce bien, por su vertiente de dramaturgo con cuatro obras estrenadas y dirigidas por notables figuras de las tablas nacionales) reconocerán el mosaico de divas que se despliega: un trozo de una, una anécdota de otra, un instante de aquella.

Al igual que en todas sus novelas, la trama, los acontecimientos de *Desconfianza*, son vehículo de profundidades mayores. Los temas son, igualmente, los que componen la paleta de Marchant: la soledad, el abandono, el desencuentro, los prejuicios, el arribismo y la dificultad de asumir de modo público la propia sexualidad .

Detrás de las historias de las protagonistas, entretenidas de por sí, se infiltra la mirada del escritor que devela las precariedades y pequeñeces de la condición humana conjugada con las precariedades y pequeñeces de un país. Ciertas escenas hacen sonreír abiertamente, con esa sonrisa que resulta de la complicidad con el punto de vista desde el cual están narradas. Otras, como la fría noche en que una de las actrices sale al jardín en busca de las flores de otro jardín, perdido en el tiempo y en su mente, están, en cambio, llenas de dulzura. Pero la ternura no es la tónica, hay que dejarlo en claro, con la que el autor se asoma a estas vidas: más bien hay una dureza en el relato, tanto para describirlas como para planear el contexto en que se han, finalmente, encontrado.

Esa dureza, presente en toda la narrativa de Marchant, no es –sin embargo- gratuita. Proviene de la reflexión sobre el ser humano, que hace a su obra tan universal (no en vano novelas anteriores han sido traducidas al francés y al inglés) y asimismo de hurgar en las profundidades de este país en que surge su creación, lo que las hace tan valiosas y, en muchos casos, poco valoradas en un ambiente tan acrítico como el nuestro.

Marchant es, sin duda, uno de los escritores actuales más importantes de Chile. Su figura está lejos de los reflectores y de la parafernalia y el ‘marketeo’ que rodea a otros y es quizá por eso que su obra, si bien leída y premiada, no ha tenido la repercusión que merece. Otras voces buscan encasillarlo en los límites de la literatura *queer*, tal vez por el deseo de no reconocer que la gran literatura no tiene límites de ninguna especie.

Lo anterior no es un argumento que pretenda negar el hecho de que él mismo se ha definido como escritor homosexual, sino para indicar que, a mi juicio, esta definición aunque pueda ser el punto de partida de algunas novelas, no es su punto de llegada. Porque ellas trascienden género y temática para ubicarse como una obra que pone un espejo a la sociedad completa.

*Desconfianza*, quizá sea una obra que, en cuanto a factura, remite menos a *Sangre como la mía* y, sobre todo, menos a la más que notable novela *La promesa del fracaso*. Pero, tras su apariencia de mayor liviandad es igualmente un relato profundo y crudo. Es un retrato sin velos.